

LOS LABRIEGOS VALENCIANOS.

ROMANCE HISTÓRICO

en que se refiere el noble comportamiento de esta honrada clase, durante el bombardeo de Valencia en Octubre de 1869.

Valencia, patria querida,
fértil y hermosa Valencia,
jardin copiado del cielo,
paraíso de la tierra.
Valencia del alma mia,
vergel rico que te ostentas
cual una gruesa esmeralda
que orla en parte una turquesa;
la esmeralda lo parece
tu verde y frondosa vega,
la turquesa el mar dormido
que suspirando te besa.
Valencia, patria famosa
de pintores y poetas,
que á nadie nunca has cedido
en religiosas creencias.
Valencia, ciudad bendita,
que en tu seno amante encierras
por ángeles modelada
de Dios á la Madre escelsa.
Vírgen de Desamparados
la llamas humilde y tierna,
á la que dulce sonrie
cuando llorando la impetras.
Valencia, patria amorosa,
que de lirios y azucenas
perfumado y blando lecho
diste á mi cuna modesta.
¡Oh Valencia de mi vida!
yo nunca he sido poeta,
soy un coplero que canta
sus placeres ó sus penas;
soy un pájaro que errante,
falto de método y reglas,
dá sus trinos quejumbrosos
á tus brisas plañideras.
Soy un hijo, que mirándote
se estasía y embelesa,
y enamorado te canta
sencillísimas endechas.
Hoy quiero, madre del alma,
de entusiasmo el alma llena,
de mis hermanos queridos
cantar sublimes grandezas.
No me importa que escudándose
en su escesiva modestia,
el rubor pintado mire
en sus megillas morenas.
No me importa... calumniados
son muchas veces, y es fuerza,
que una vez siquier tan solo
la justicia resplandezca.
Que esos labriegos honrados,
que con sus sudores riegan
este suelo en que mi vista
estasiada se recrea;
á esos labriegos honrados
suele la envidia rastrera

calumniar, y de asesinos
y de traidores moteja.
¡Asesinos y traidores!....
calumnia ignoble y artera;
de otro modo se portaran,
madre mia, si lo fueran;
de otro modo bien distinto
sin duda se condujeran,
cuando há poco al contemplarte
en dias de amarga prueba,
á sus hermanos abrian
de sus moradas las puertas,
llorando como las propias
las desventuras agenas.

*
* *

El año mil ochocientos
sesenta y nueve de priesa
hácia su fin caminaba,
pues del mes de Octubre era
el quince, ¡dia bendito!
¡dia de Santa Teresa!
Pero ¡ay! que dia de luto
se nos mostró entre las nieblas
de los vapores rojizos
de sangre ardiente que humea,
por dondequier que la planta
sobrecogida se asienta.
Ocho dias ya, que horrible
se ha iniciado una contienda
entre la tropa y paisanos,
que con pertinacia ciega,
por la política ingrata
se baten, sin que se pueda
augurar quien la victoria
alcanzará en la pelea.
Cuadro triste que mi pluma
á pintar ¡ay! se me niega,
que todos son españoles
los que con sin par fiereza,
con sangre de hermanos suyos
los aceros ensangrentan.
¡Cuadro triste! cada calle
parece una fortaleza,
los baluartes las casas,
los balcones las almenas;
y entre los clamores bélicos
que por el aire resuenan,
se oye el silbo de la bala,
y del cañon que retruena
se escucha el ronco mugido
que de espanto el alma hiela.
Los ancianos, las mugeres,
los niños medrosos tiemblan
y los enfermos suspiran,
sintiendo que sus dolencias
se aumentan, sin la esperanza
de que un lenitivo tengan.
En este estado se anuncia
otra mas terrible nueva:
en cuanto el dia siguiente
triste y medroso amanezca,
si la ciudad no se rinde,
si el *paisano* no se entrega,
con mil proyectiles huecos
y puntería certera,
un monton se hará de escombros
de la ciudad de Valencia.
En tal estado las madres
á su pequeñuelo besan
entre sollozos tristísimos
lágrimas vertiendo acerbas;
los enfermos se amilanan
y el anciano triste reza.

*
* *

Cuadro lúgubre mostraba
la campiña de Valencia;
cuadro triste que á mi mente
aun ahora se presenta,
con bien tétricos colores,
y que pintar no quisiera.
Por dondequier las familias,
que de sus casas se alejan,
faltas de hogar y de abrigo
afligidas se contemplan.
Se ven múgeres llorosas,
ancianos que andan con pena,
enfermos desfallecidos
y niños que de mil quejas
y alaridos desgarrados
el espacio triste pueblan.
¿Habeis visto la campiña
de esta ciudad pintoresca?....
Un rio, cinta de plata,
manso y límpido riela
entre los cañaverales
que á su paso amante besa.
Por dondequier grata sombra
dán frondosas alamedas,

y un tapiz de verde gualda
por todas partes se ostenta,
del que erguidas se destacan
magestuosas palmeras,
pinos esbeltos y armónicos
y cipreses que recuerdan
en diminutos calvarios,
que en cada pueblo se observan,
al Redentor de los hombres
y á su santa Madre escelsa.
Mil torres miran los ojos
erguirse hermosas y esbeltas,
de los templos sacrosantos
donde el labriego venera
los patronos de su pueblo
en que tiene una fé ciega.
Y del sol al rayo trémulo
matices de oro destellan
las cúpulas barnizadas
de sus preciosas iglesias.
Y cual nítidas palomas,
que allí su nido tuvieran,
en los plácidos jardines
que la mirada recrean,
se miran diseminados
caseríos y aldehuelas,
y las barracas blanquísimas
de oscura paja cubiertas.
Sí, las humildes barracas,
tan sencillas y modestas,
pero que yo siempre miro
con respeto, pues me muestran
en su seno una familia
que al construir su vivienda
de la cruz santa al amparo,
que en su techumbre se ostenta,
la ponen con fé ardentísima
que su pecho amante alberga.
¡Esta es, lector, la campiña
de mi querida Valencia,
jardin copiado del cielo,
paraiso de la tierra!
Y en el dia que os recuerdo,
se contemplaban por ella
las que mi pluma relata
conmovedoras escenas.
¿Quereis saber la conducta
de esa clase que moteja
de asesinos y traidores
la calumnia vil y artera?
Pues oid cuál se portaron
los labriegos de Valencia.
No importa que el rubor tiña
hoy sus megillas morenas,
al escuchar el romance
que sus virtudes refiera.
No me importa... calumniados
son muchas veces, y es fuerza
que una vez siquier tan solo
la justicia resplandezca.
Escuchad, pues, mi romance
hasta el fin, y como muestra
os copiaré algunas pláticas
que yo venturoso oyera
entre la gente que huia
y aquellas gentas modestas,
que á todos les ofrecieron
blanda cama y limpia mesa.
—Buen labriego, buen labriego,
de una barraca en la puerta
dice afligida una madre,
que á un niño amorosa estrecha:
buen labriego, la fatiga
me impide seguir.... quisiera
un albergue, os lo suplico
de pesar y angustia llena:
no me negueis vuestro amparo...
en esta bolsa se encierra
una cantidad crecida;
cobraos, pues, lo que sea....
—Señora, dice el labriego,
que enternecido se acerca,
¡ay señora de mi alma!
¿por qué hacerme tal ofensa?
pobre soy, ello es ciertísimo,
y escasamente la tierra
que cultivo el alimento
para mis hijos me presta;
pero, señora, en su vida
los labradores comercian
con la caridad que ejercen,
si ocasion se les presenta.
Entrad, pues, en mi morada;
otros muchos hay en ella,
que cual vos aquí llegaron
pidiendo amparo y clemencia;
mas en tanto quede un sitio,
y haya un pan en mi vivienda,

antes que nuestro, es de todo
el que angustiado aquí venga
huyendo de los peligros
que en la capital le cercan;
y la paga que queremos
se nos dé por recompensa,
es que las faltas perdonen
en que han de incurrir por fuerza
nuestra sencilla ignorancia
y conocida pobreza.
—Oye, esposa de mi vida,
dice un labrador que llega
á su pueblo desalado
y fatigoso se sienta:
oye, esposa de mi vida,
á la ciudad bombardean
en pasando pocas horas.
La muger llorosa tiembla
Y le responde afligida:
—¡Dios á los *amos* proteja!
—¿A los *amos*? él replica,
antes que les sobrevenga
desgracia alguna, al instante
voy con el carro á Valencia,
y á nuestra casa les traigo
aunque venirse no quieran.
—¡Ay esposo! ¿y si te matan?
—Si me matan.... bien pudiera
suceder, que al fin y al cabo
las balas diz que son ciegas;
mas los *amos*, tú lo sabes,
nos sirven de Providencia,
sus padres de nuestros padres
siempre protéctores eran,
sus hijos con nuestros hijos
cariñosos aquí juegan,
y estos lazos, buena esposa,
quien ingrato no respeta,
es indigno de que el cielo
amoroso le proteja:
conque á Valencia me marcho,
y por Dios no me detengas.
—No te detengo, y me gusta
escucharte como piensas;
y mira, será posible
que allí de todo carezcan,
para que coman al punto
llévate algunas frioleras,
y diles que no se aflijan
y lo tomen con paciencia.
—Bien está, esposa querida:
conque adios.
—Que pronto vuelvas;
yo le pediré á la Vírgen
que un buen viaje os conceda.
—Si á tal Señora recurres,
y por nosotros le ruegas,
no temas, querida esposa,
que desgracias nos sucedan.

*
* *

Mas allá desfallecido
cierto jóven se contempla,
y una anciana se aproxima
y le dice con voz tierna:
—¿Qué te aflije, pobre jóven?
—¡Ay madre mia, qué pena!
dos hermanos escapamos
de la ciudad de Valencia,
y mi hermano perseguido
fué á la salida de cerca,
y tal vez se encuentre preso...
¡yo sin recursos!...
—Espera,
hijo del alma, y no llores,
responde la pobre vieja,
no te aflijas, mi morada
es aquella humilde cueva;
pero ven, tuyo es mi lecho,
á mí me basta una estera:
un pobre arroz puedo darte,
harás mal si lo desprecias.

*
* *

Y á qué seguir relatando....
la caridad, la nobleza
de los labriegos fué tanta
en ocasion tan suprema,
que como propias lloraron
las desventuras agenas.
No olviden pues nunca, nunca,
que de gozo el alma llena
hoy sus virtudes publico
en mi trova verdadera,
para que de ejemplo sirvan
para honra de Valencia.

A. L.

Valencia: Imp. de J. M. Ayoldi.